

## Otra historia de dos ciudades

Ignacio Rupérez

Con toda claridad debo decirles dos cosas. La primera, que esta exposición tiene su origen en las conversaciones por correo electrónico entre Pedro Azara y yo. La segunda, que mi eventual superioridad sobre la mayoría de ustedes reside tan sólo en mi vida en Irak, en Bagdad en especial. He conocido por los libros, los amigos y los viajes cuando residí allí en los últimos años de Saddam Hussein, quedándome apenas los libros al volver tras la invasión y la ocupación del país. Se acabaron los viajes y los amigos, pero no los libros que, ya aguas abajo y en medio del desastre y la guerra, todavía nos explican cómo se pudo alumbrar este caos; ni las personas que como Pedro Azara nos han documentado, todavía más de lo que sentíamos, que en Irak hubo tiempos mejores y un lugar de trabajo para los mejores arquitectos. Efectivamente he disfrutado de días más gratos y una vida más interesante en Bagdad, hoy no en su mejor momento. El asombro por descubrir lo mucho que Bagdad prometía en décadas pasadas se hace doloroso, porque en los años 90 todavía quedaban restos de aquello en una ciudad que ya estaba postrada y a la que ya en este siglo se la sometería a nuevas humillaciones; convirtiéndose en una nueva ciudad maldita y de difícil recuperación, cuyas desgracias rememoran las maldiciones bíblicas contra Babilonia y Nínive, una destrucción tras otra.

Intento mantener actualizada la bibliografía sobre Irak pero no intento volver a Basora y Mosul, o presentarme en Babilonia, Nínive, Assur o Hatra. Ni siquiera moverme por Bagdad como antes lo hacía, que hoy debe recorrerse lo menos posible y nunca sin coches blindados, escoltas con armas y chalecos antibalas. El protocolo para los desplazamientos es tan estricto que más vale reducirlos, se pasa mucha vergüenza al acudir con toda esa para-

fernalia a la casa a la que uno ha sido invitado, que es la que se moverá a la tuya cuando uno es el que invita. También es mejor que no se intente salir de Bagdad si no se recurre al avión o al helicóptero para los viajes. Incluso se utilizan helicópteros para trasladarse desde el aeropuerto a la Zona Verde, con lo que se intensifica al máximo la virtualidad en las estancias de personalidades que dicen haber estado en Bagdad pero que prácticamente no han pisado su suelo, o no lo han hecho en lo que se llama la Zona Roja. Por fortuna vivo en ella, por fortuna digo porque en la Zona Roja estoy más abierto a la ciudad. Además, al considerarse zona de menos seguridad y categoría, tampoco se considera objetivo y no recibe impactos de los proyectiles de mortero. Lo más recomendable en el Bagdad de estos días es pasar desapercibido, vivir a escondidas y sin destacar, que nada se note detrás de los muros y los libros, conectado a Internet, con una existencia que resulta muy poco ejemplar y que no se podría soportar si antes no se hubiera gozado de una vida real en la otra ciudad de antaño.

Justamente esa vida era la opuesta a la que es obligatoria en la otra ciudad de hoy. Cuando llegué a Bagdad la ciudad ya estaba muy afectada por las sanciones internacionales y en Diciembre de 1998 volvió a sufrir bombardeos en la llamada operación *Desert Fox*. Destruída en varias ocasiones por los mongoles de Hulagu y Tamerlán en 1258 y en 1400, por los otomanos de Murat en 1638, y por los aliados de Schwarzkopf y Franks en 1991 y 2003, evidentemente a Bagdad le han dejado todos esos bárbaros bastante poco patrimonio artístico que conservar. Además y a primera vista se encontraba uno con una ciudad que en cierta manera le parecía que nada tenía de árabe, con casas bajas y grandes

avenidas, autopistas y puentes, como si en el plan director de la ciudad se hubiera pretendido hacer con parte de ella una especie de Los Ángeles. En fin, que Bagdad no es El Cairo, ni Damasco, con bastante mejor suerte histórica. Se padecían cortes de energía pero la vida nocturna todavía bullía en el verano en la ribera del Tigris, la población y en especial los niños y los ancianos evidentemente sufrían las carencias acumuladas por años de sanciones, pero nada pudo ser tan malo como lo que ha venido después, lo que se padece ahora. Un poco como en Beirut, sin saber lo lejos que llegarían sus pesares, la ciudad se había acostumbrado a convivir con ellos, era una ciudad viva y habitada por gente orgullosa. La recorrí de cabo a rabo, con largas caminatas por las zonas sin grandes avenidas ni autopistas, las calles de Karkh y Russafa, Kadhimain, los barrios a ambos lados de la calle Saddum, etc., les convencí para que me dejaran entrar en las mezquitas de Gailani y Kadhimain en Bagdad, como en las de Kerbala, Kufa y Najef.

Si fuera posible, y espero que lo sea para ustedes, dedicaría las tardes a comprar pintura abstracta en las innumerables galerías de arte en Karrada y Abu Nawas y tomaría el té con los amigos del Museo y la Biblioteca, todos huidos o muertos, esos que me acompañaban a Basora y Mosul, pero también a Hatra, Ukhaider y Cesifonte, lugares espléndidos en los que era el único turista. Con las excepciones de

José Luis Sert y de Le Corbusier, que no son pequeñas, apenas sabía que con Bagdad se relacionaron también Wright, Gropius, Alto, Ponti, Bofill... A las obras de Sert y Le Corbusier les visité, los otros pertenecen a la otra ciudad leída y no vista. Con cierta frecuencia asistíamos al homenaje a los caídos en la larga guerra contra Irán, ante la maravillosa bóveda partida en dos mitades, cerca del estadio de Le Corbusier y de Saddam City, ahora Sadr City, que proyectó Doxiadis. Los soldados me han asegurado que el monumento y el estadio permanecen en pie, así como la antigua embajada de los Estados Unidos. Y la crónica trágica de cada día confirma lo que ya supuse al recorrer Saddam City, que sin que fuera culpa de Doxiadis, su proyecto de barriada ideal se convertiría en el lugar con más violencia y miseria de toda la ciudad. Mi museo imaginario de Irak consta de óleos abstractos, moldes de bronce y armas antiguas, así como de unos días muy bien vividos pero complicados de repetir, en Bagdad al menos. En ese museo he colocado también mis ilusiones; que vuelvan las aguas a las marismas del Shatt el Arab y los grandes arquitectos a Bagdad.

Embajador de España en Bagdad (2005-2008)  
Bagdad, a 24 de Noviembre de 2007